

László F. Földényi

Dostoyevski

lee a Hegel en Siberia
y rompe a llorar



Galaxia Gutenberg

LÁSZLÓ F. FÖLDÉNYI

Dostoyevski lee
a Hegel en Siberia
y rompe a llorar

Traducción de
Adan Kovacsics

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original:
Dosztójevszkij Szibériában Hegelt olvassa, és sírva fakad
En la edición original: A gömb alakú torony
Traducción del húngaro: Adan Kovacsics Meszaros

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2026

© László Földény, 2026
© de la traducción: Adan Kovacsics, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 571-2026
ISBN: 979-13-88019-55-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

En la primavera de 1854, después de cuatro años de trabajos forzados, Dostoyevski fue enviado como soldado raso a la gran «vertiente norte» de Asia, situada en el sur de Siberia, concretamente a Semipalatinsk. La ciudad, poco más grande que un pueblo, contaba entre cinco mil y seis mil habitantes; la mitad de ellos eran kirguises, gran parte de los cuales vivía en yurtas. La población apenas sentía alguna afinidad con los rusos europeos; los llamaba «gente de la tierra madre» y los miraba con desconfianza. Sin embargo, esta gente aumentaba de

forma continua; entre 1827 y 1846, el número de personas desterradas a Siberia alcanzó los 159.000.

La ciudad estaba rodeada de un árido desierto; ningún árbol, ningún arbusto, sólo arena y abrojo por doquier. La casa habitada por Dostoyevski se hallaba en la zona más desolada de la ciudad, en medio de las dunas. Una empalizada alta rodeaba el patio, y la puerta era tan baja que los visitantes debían inclinarse profundamente para entrar.

Allí vivía Dostoyevski, en una habitación amplia, pero baja, ocupada por una cama, una mesa y un arcón, así como por un espejito enmarcado que colgaba en la pared. Y allí entabló amistad con Alexandr Yegorovich Vrangél, el fiscal del lugar, que por aquel entonces sólo tenía veintiún años y que, desde que se conocieron, apoyó durante más de una década de forma enteramente altruista al escritor. Éste explicaba a Vrangél sus pro-

yectos narrativos, le recitaba sus versos preferidos de Pushkin y le tarareaba las arias más célebres. Hablaban poco sobre religión; si bien Dostoyevski era creyente, no acudía a la iglesia y no quería a los popes. Tanto mayor era el entusiasmo con que hablaba de Jesucristo. Mientras, no cesaba de trabajar: en el manuscrito de *Apuntes de la Casa Muerta*, al que de vez en cuando dejaba echar un vistazo a Vrangél. A cambio, el fiscal le conseguía libros. Y no tardaron en estudiar juntos, de manera regular, día tras día. En sus memorias, Vrangél no revela el título del libro utilizado para sus estudios. Sólo menciona el nombre del autor: Hegel.¹

1. A. J. Vrangél, «*Dosztójevszkivel Szibériában*», en: *Istenkeres, pokoljáró. Kortársak beszélnek Dosztójevszkirol* [«Con Dostoyevski en Siberia», en: *Buscador de Dios, viajero del infierno. Contemporáneos hablan sobre Dostoyevski*], Budapest, 1968, pp. 137-156.

No sabemos qué libro solicitó de Alemania Vrangél, abonado a la *Augsburger Allgemeine Zeitung*. Así pues, lo elegiremos nosotros: los cursos sobre la filosofía de la historia universal que Hegel impartió entre el otoño de 1822 y la primavera de 1831 en la Universidad de Berlín, es decir, mientras miles y miles de personas iban llegando, desterradas, a Siberia. Los cursos se publicaron en forma de libro en 1837, y en 1840 apareció una versión nueva y revisada. Vrangél tal vez pidió el libro tras hojearlo un poco. Entra dentro de lo posible porque Hegel también menciona Siberia en sus cursos. Y sólo lo hace para explicar por qué no trataba de Siberia. La explicación de Asia empieza con el siguiente comentario: «Primero hemos de dejar de lado la vertiente norte, Siberia. Se halla fuera del ámbito de nuestro estudio. Las características del país no le permiten ser un escenario para la cultura históri-

ca ni crear una forma propia en la historia universal». ¹

Podemos imaginar el asombro de Dostoyevski cuando leyó estas líneas a la luz de una vela de sebo. Y su desesperación al ver que allá en Europa, por cuyas ideas había sido condenado a muerte y finalmente desterrado, no se prestaba atención alguna a su sufrimiento. Porque él sufría en Siberia, en aquel mundo que no formaba parte de la historia. Por eso, desde la perspectiva europea, tampoco había esperanza de salvación. Dostoyevski podía considerar con toda razón que no sólo había sido desterrado a Siberia, sino expulsado a la no existencia. Únicamente un milagro podía salvarlo, un milagro cuya posibilidad no sólo excluía

1. G. W. F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, Hamburgo, Meiner, p. 233. [*Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza, 2005.]

Hegel, sino también el espíritu europeo de la época. Aquel espíritu proclamaba en voz alta la existencia de Dios, pero rechazaba la idea de que Dios pudiera dar no sólo órdenes generales, sino también singulares, referidas al individuo; aquel espíritu situaba las leyes naturales por encima de todo y negaba lo que Dostoyevski formularía más tarde diciendo que uno puede rebelarse incluso contra el resultado de la multiplicación de dos por dos; y ese mismo espíritu daba su asenso al Estado de derecho moderno, haciendo hincapié en su vigencia ilimitada y olvidando de paso que para la creación del derecho no necesariamente se precisa del derecho.¹

Muy posiblemente, justo cuando se enteró de que había sido apartado de la historia por la cual había soportado todas aquellas

1. Véase Carl Schmitt, *Politische Theologie* [Teología política], Múnich-Leipzig, 1934, p. 235.

persecuciones, nació en él la convicción de que la vida tal vez posee ciertas dimensiones que no tienen cabida en la historia, de que la prueba de la propia existencia no puede limitarse a los criterios de la existencia histórica. De que el ser humano, si siente y experimenta realmente el peso de su existencia, se desprende al mismo tiempo de la historia y entonces el peso de cuanto se halla allende la historia cae sobre él del mismo modo en Berlín que en Semipalatinsk. Y de que es preciso apartarse de la historia para poder observar los límites y restricciones de la existencia histórica.

Sin embargo, para ello hay que admitir también la posibilidad del *milagro*, que suprime el carácter excluyente del espacio y del tiempo. Y si el propio Hegel admite que ciertos territorios geográficos se desgajan de la historia, tal cosa también significa que la historia no dispone de la ilimitación divina: la rodea algo que está más allá de la his-

toria. Es decir, lo necesario linda con lo imposible, lo natural con lo sobrenatural, lo legal con lo arbitrario, la política con la teología. Pero lo que se encuentra más allá de las fronteras, también se infiltra en el interior. Sólo se puede excluir aquello que nos ha afectado por dentro.

El hecho de haber sido expulsado de la historia debe de haber propiciado la fe de Dostoyevski en los milagros; pero también la experiencia de que la organización moderna del mundo obedece a una ley implacable. *La historia manifiesta su esencia a quienes antes ha excluido.* Esta idea jamás se le ocurrió a Hegel, y eso que se pasó una década impartiendo clases sobre historia. Dostoyevski, en cambio, no necesitó una década para llegar a esta conclusión. Vivió en carne propia el hecho de que ninguna época rechazaba el sufrimiento tal como hacía la cultura iniciada por la Ilustración, con el resultado de que no suprimía el sufri-

miento, sino que únicamente lo tapaba, pues ella misma se basaba en el sufrimiento. El sufrimiento silenciado y ocultado sale a la luz y resulta imposible de esconder cuando los límites del ámbito de influencia se vuelven visibles, concretamente para quienes han salido (o han sido expulsados) de la historia. Bien es cierto que tal percepción –que es una verdadera Ilustración– no suprime el sufrimiento, pero permite que éste, en vez de consumir al hombre por dentro cuando queda reprimido, conduzca a algo así como la redención, es decir, al equilibrio interno, a la salud.